

NUEVOS DATOS ACERCA DE LÒS "HORNOS" INDIGENAS

POR JOAQUIN FRENGUELLI

En 1920, dí a conocer ciertos artefactos indígenas observados por mí a orillas del río Salado al norte de la ciudad de Esperanza, en la provincia de Santa Fe (3). Se trataba de curiosas formaciones en tierra cocida, cuyos bordes sobresalían apenas sobre la superficie del displayado del lecho mayor del río, en forma de anillos más o menos circulares, de espesores y diámetros diferentes. Por su posición, en un displayado expuesto a la denudación de los escurrimientos pluviales durante las fases de estiaje y a la erosión fluvial cuando, durante las fases de creciente, el caudal del Salado ocupa su lecho mayor, en su mayor parte el borde de los anillos estaba deshecho y sus fragmentos esparcidos en su derredor, en cantidad considerable. Los que conservaban cierta integridad, permitían observar que los anillos en tierra cocida descendían en el espesor del suelo formando paredes que revestían hoyos groseramente hemisféricos, más o menos profundos. Las paredes, bastante bien cocidas y ladrillosas en la superficie interna del hoyo (siempre relleno por materiales de sedimentación reciente), periféricamente menguaban su grado de cocción hasta continuarse gradualmente con el terreno circundante no afectado por la acción del fuego. Las mismas paredes, más o menos cocidas, aparte los efectos experimentados por el grado de calor que le correspondió, conservaban, sin modificaciones aparentes, la textura migajosa y finamente porosa por canaliculos radicales, característica del limo loessoide del displayado en que el hoyo había sido excavado y cocido. Únicamente, en muchos casos, la superficie interna estaba alisada, algo lustrosa, por delgado espesor mucho más denso y recorrida por surcos en mediacaña, estriados longi-

tudinalmente y sugiriendo la idea de que esta superficie hubiera sido sometida a algún arreglo somero por leve embadurnado con barro chirle y retoques con la yema del dedo, ramas u otro cuerpo cilíndrico.

Era evidente, pues, que se trataba de excavaciones artificiales practicadas por antiguos moradores y usadas como fogones, acaso utilizados, insinuaba entonces, "para la cocción de los tiestos cuyos fragmentos encontramos dispersos en los alrededores" (3, pág. 283).

Preocupado, en aquel momento, sobre todo por el tan debatido problema planteado por Florentino Ameghino acerca de los "productos pírnicos" y de las conocidas "tierras cocidas", a veces tan frecuentes en el espesor de los limos pampianos, me fijé más en los fragmentos esparcidos por la playa del río y en parte rodados y estractificados en el espesor de sedimentos recientes próximos, y menos en los fogones de que procedían los fragmentos mismos.

Pero, algo más tarde, nuevas observaciones, realizadas junto con mi colega de Aparicio a orillas del río Malabrigo, en el Chaco santafesino (10) y en el displayado de la isla Chica de Mar Chiquita, en la provincia de Córdoba (11), me permitieron agregar nuevas observaciones al respecto y modificar un tanto mi interpretación suponiendo que se tratara de fogones "probablemente destinados a la cocción de alimentos o alfarerías" (10, pág. 27). De Aparicio, quien en ambas ocasiones añadía interesantes observaciones de detalle (10, páginas 100-102; 11, págs. 136-138) y las completaba con la descripción de nuevos fogones descubiertos en la playa del río Salado, a la altura de colonia Videla F. C. S. F., en la provincia de Santa Fe, se adhirió a la interpretación en un primer momento avanzada por mí. Para ratificarla, traía a colación un nuevo tipo de construcciones análogas, descubierto por él en Cañadón del Novillo, en la pedanía de Dolores (Córdoba), pero recalcando oportunamente las diferencias existentes entre éste y aquellas, diferencias que le permitieron suponer que la construcción del nuevo tipo no pudo servir, ni como fogón ni como horno, sino "como un silo para almacenar granos" (1, pág. 293; 2, pág. 197).

Mientras tanto, Outes, en 1926, sobre datos que le pro-

porcionara Delétang, nos había informado acerca de hoyos parecidos existentes en los alrededores del rancharío de Las Botijas y en las proximidades del Balde de Ezcurra, en el noroeste de la provincia de San Luis. Y tras de prolijas y minuciosas consideraciones concluía afirmando que las "botijas" de San Luis, análogamente a los hogares descubiertos por mí en Santa Fe, podían considerarse como "simples dispositivos destinados a realizar el cocimiento de las alfarerías" (18, página 299).

La oportuna intervención de Outes tuvo la ventura de suscitar una serie de interesantes discusiones entre los colegas que más se habían dedicado al estudio de la arqueología de aquella importante región puntana. Además de traer nuevos datos de indudable significado y valor, la discusión aportó también nuevas ideas, algunas de positivo provecho y en cuyo sustento se hizo, a veces, alarde de erudición y sagacidad.

Aprendimos, entonces, que las llamadas "botijas", "tinajas", "cántaros" o "urnas", ampliamente distribuidos en numerosos parajes del noroeste de San Luis eran "estructuras" conocidas ya desde tiempos remotos por los lugareños y que sobre ellas ya habían llamado la atención Llerena (1881), Gez (1916) y Reyes (1919).

Pero, entre los viejos y nuevos autores, si hubo conformidad en descripciones y en apreciación de los hechos, no hubo, en cambio, concordancia interpretativa. Llerena, en efecto, las supuso verdaderas tinajas que debieron haber sido enterradas "a la profundidad de tres o cuatro pies del humus moderno que representa la duración de unos ocho mil años, que es el tiempo transcurrido desde la edad actual, terminado el período glacial" (17, pág. 245). Gez opinó, en cambio, que algunas "tinajas" pudieron ser utilizadas como reservas de agua de lluvia y otras "urnas funerarias... que debieron servir para depositar las cenizas de un jefe, persona principal o familia pudiente de la tribu" (12, pág. 24); y Reyes admitió que pudo tratarse de "bóvedas sepulcrales" (19, pág. 41).

Este último autor transcribía, además, una carta del señor F. Schmaedke, en la que éste expresaba la opinión de que se tratase de "receptáculos" construidos por los indígenas para

conservar temporariamente en ellos la cosecha de algarrobas (19, págs. 37-39).

Al iniciarse la discusión entre arqueólogos, en contra de mi interpretación (aceptada por Outes y de Aparicio), Boman, en un informe con fecha septiembre 11 de 1924 (citado por Greslebin, 14, págs. 46 y 71), observaba que tales "recipientes subterráneos" representaban un hecho nuevo y todavía un enigma para la arqueología americana; luego Greslebin primero los interpretó como "fosas cinerarias" de "un curioso y nuevo sistema de inhumación en la arqueología sudamericana" (13), y después, renunciando a toda interpretación propia y ajena, se adhirió a la opinión prudente de Boman (14, pág. 71); casi en seguida, Vignati, fincando en analogías etnológicas, sostuvo que se tratara de "simples dispositivos para uso culinario", "vestigios de los hornos en tierra que han tenido en estas épocas y tienen todavía una amplia distribución geográfica" (20, págs. 246 y 250); en fin, Guiñazú, admitiendo que se tratara de construcciones del hombre primitivo de remotos tiempos pleistocenos (basado en consideraciones geológicas que juzgo absolutamente inaceptables, en su totalidad), afirmó que las "botijas" de San Luis son antiguos hogares excavados por cada familia, en número de uno o varios, dentro de su toldo o tienda "probablemente para la preparación diaria de sus alimentos y para la calefacción durante las noches frías del invierno", no descartando que ellos "hayan sido utilizados también para quemar pequeños cacharros de arcilla para usos domésticos", pero, al mismo tiempo, sosteniendo que "la suposición de que estas construcciones no representan más que unos dispositivos para la cocción de alfarerías debe ser desechada" (15, pag. 94).

La breve reseña que antecede tiene por único objeto dar una idea acerca del estado actual de tan interesante problema. Una polémica nos llevaría muy lejos y nos obligaría a seguir razonando "a pura lógica" sobre premisas arbitrarias o, por lo menos, muy deleznable. "La fantasía, bien lo ha dicho un filósofo, es un arma demasiado peligrosa en manos de un hombre de ciencia".

Por lo que me corresponde, yo también me refugiaría gustoso en la expectativa prudente de Boman y Greslebin, si

podiera sustraerme a la necesidad del espíritu humano que siempre ha reclamado imperiosamente una solución "bien avant qu'elle fut mure et alors qu'il ne possédait que des vagues lueurs lui permettant de la deviner plutôt que de l'atteindre" (H. Poincaré). Pero, si insisto en mi primitiva suposición, ha de ser *sine invidia et sine pompa* (como exigía Séneca) y en espera de que nuevos hechos puedan sustituirla con una suposición mejor. Y es para estimular la investigación de nuevos datos capaces de traer mejores luces para la dilucidación de este importante problema, que seguiré con algunas consideraciones acerca de la distribución y la edad de los debatidos "fogones".

Para comenzar, considero imprescindible separar netamente los fogones del noroeste de la provincia de San Luis de los fogones de las márgenes del río Salado, en su cruce por la provincia de Santa Fe, y de regiones más o menos próximas (playa del río Malabrigo y desplazado de la isla Chica en Mar Chiquita).

Guiñazú ha tenido el mérito indiscutible de haber sido el primero en haber fotografiado, en San Luis, fogones enteros, conservados, al abrigo del humus que los recubría, su extremo superior que, en todos los demás casos hasta entonces observados, había sido mutilado por la erosión o la denudación del suelo. Por la descripción y las numerosas figuras (fotografías y dibujos) del autor, nos enteramos que, entonces, estos "hogares" tienen una forma "semiesférica o acampanada, presentando una boca de pequeño diámetro y una base anchamente abierta hacia abajo" (15, pág. 92). Observaciones análogas habían sido hechas por Reyes y Schmaedke, insistiendo en que no se trataba de hoyos, sino de construcciones cónicas "en forma de pera", con base de 50 a 90 cm. de diámetro y boca de 10 a 20, por una altura que no pasaría de un metro (19, pág. 38). Difieren, por lo tanto y muy netamente de los "fogones" del Salado, que siempre también en casos de su preservación bajo capa de humus (fig. 1), son de forma hemisférica con una boca amplia, que generalmente coincide con el diámetro máximo del hoyo.

Es especialmente la gran diferencia en la conformación de la boca de estas construcciones y en su tamaño que se con-

creta su desigualdad, realmente profunda, especialmente en vista de los fines de su uso respectivo. Las demás desemejan-

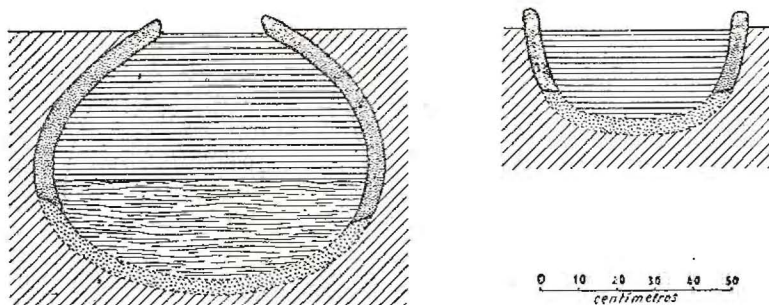


Fig. 1 — Fogones del noroeste de la provincia de San Luis (izquierda) y de la margen del río Salado, en la provincia de Santa Fe (derecha). Perfiles esquemáticos comparativos. El sector marcado con rayas corresponde a la parte del fondo que puede faltar.

zas o analogías tienen menor importancia, inclusive el aspecto de la superficie interna de la cavidad y la forma y las condiciones de su fondo.

Guñazú confirma que "la superficie interior de la pared del hogar es más o menos lisa, se ven huellas irregulares y surcos más o menos que parecen haber sido hechos con los dedos o con la punta de un palo, con el cual se hubiera alisado y apretado el barro contra la pared de tierra del pozo o hueco recién abierto. Los surcos y huellas se encuentran muy bien conservados y su morfología coincide casi exactamente con los que Frenguelli ha observado en las tierras cocidas de los fogones de los alrededores de Esperanza, en la provincia de ^{Sta Fe} Córdoba (1)" (15, págs. 92-93, 16, pág. 408). Pero, la técnica para excavar, con recursos primitivos, un hoyo en la tierra es tan simple que no puede significar mucho tal coincidencia de detalles en hoyos practicados para los destinos más diversos. Es evidente en cambio, que dado su pequeño orificio (de 20-30 cm. de diámetro, en cavidades de 60 cm. a 1,05 centímetros de diámetro en la base y 40-65 cm. de alto), el uso de los "hogares" de San Luis debió ser bien limitado a usos

(1) Debió decir "provincia de Santa Fe".

particulares, que no pudieron ser cocción de alfarería ni cocimientos diarios de sus alimentos, menos de reses con cuero o sin cuero, ni inhumación de cadáveres. La falta de fondo los habría inutilizado como recipientes para líquidos y su contenido constante en cenizas y carbones descartaría su uso como silos para guardar granos. En fin, yo no imagino como hubiera podido arreglarse el "hombre primitivo" con la gran producción de óxido de carbono durante la combustión del contenido de "uno o varios" de semejantes hogares en el interior de su toldo o de su choza.

En cambio, los fogones de la margen del Salado en Santa Fe, con su boca ampliamente abierta, siempre desprovistos de un contenido propio, pudieron haber servido para cualquier uso, naturalmente siempre dentro de suposiciones lógicas.

Además, observando las hermosas fotografías (15, página 91, 92, 10 y 107) reproducidas por Guiñazú, parecería indefectible admitir que el casquete superior del fogón, bien regular y perforado por un orificio bien circular, fuera el producto de un cuidadoso artefacto y no de la simple excavación de un hoyo con medios rústicos. Ha de ser por esto que, en San Luis, contrariamente a lo que se observa en los toscos fogones del Salado, "la pared del hogar no está formada por la tierra simplemente que se halla quemada por la acción del fuego directo, sino más bien por barro cocido" (15, pág. 92).

En cuanto a las condiciones del fondo de las cavidades, no existen diferencias: en San Luis y en Santa Fe observamos hoyos con fondo más o menos cocido y hoyos con fondo carente de todo vestigio de cocción. Para el displayado de las márgenes del Salado, casos de fogones sin fondo cocido han sido señalados ya por de Aparicio (11, pág. 141). Ulteriores observaciones me han permitido confirmar el hecho repetidas veces. En el mismo lugar o en lugares próximos entre sí, la cocción o la falta de cocción del fondo dependió exclusivamente de causas ocasionales. Para los casos de "hornos" sin fondo cocido, en San Luis, las razones aducidas por Vignati (20, pág. 244) indudablemente son valederas, pero no exclusivas, ni esenciales. En las márgenes del río Salado, por lo menos, la causa principal que, en muchos casos, impide la cocción del fondo es bien otra: la proximidad de este fondo a la superfi-

cie piezométrica de la subyacente napa freática. Es un hecho constante la cocción más o menos adelantada del fondo de la excavación toda vez que este fondo se halla a cierta altura encima del nivel mencionado; la distancia necesaria y suficiente puede reducirse al *mínimum* cuando el fondo se halla excavado en materiales arcillosos suficientemente impermeables y de fácil cocción. En cambio, en los fogones falta siempre la cochura del fondo (hasta todo vestigio de tal cochura) toda vez que este fondo descende hasta alcanzar la napa freática o hasta llegar a su zona de influencia; el espesor de esta zona, en contraposición con el caso anterior, puede alcanzar un *máximum* cuando el terreno del fondo del hoyo es finamente pélico (con escasez de plasticidad por coloides) y de cocción difícil; en estos casos, el agua que brota directamente o que sube desde la subyacente superficie hidrostática por el conocido fenómeno de capilaridad, intensificado por el rápido desecamiento del fondo mismo bajo el fuerte calor de la hoguera, obstaculiza eficazmente la cocción de este fondo o la impide por completo. Sería *supérfluo* insistir sobre la proximidad del nivel piezométrico en los casos frecuentes de fogones u hornos en el fondo de cañadones o en el displayado de un río, cuando sabemos que aquí lo que regula las napas freáticas y condiciona las superficies hidrostáticas es precisamente el nivel de los caudales, subterráneos o al aire libre.

La distribución horizontal y vertical de estos fogones, en las márgenes del Salado y parajes más o menos próximos, proporciona datos que no carecen de un cierto interés. Aquí, las excavaciones fueron siempre practicadas en el bajo displayado de ríos, cañadones y lagunas, en superficies de exiguo declive, pocos centímetros encima del nivel de aguas bajas, e inundables durante las periódicas crecidas por aguas fluviales alóctonas o por precipitaciones locales durante las estaciones de máximas lluvias. Nunca las hallamos en la parte alta de las barrancas de las costas próximas o lejanas, ni en el dorso de los albardones fluviales, ni en el lomo de los viejos médanos hoy desbastados y fijados, ni en la convexidad de las ondulaciones labradas por la erosión en el terreno más elevado linderó, donde hallamos, en cambio, los conocidos "paradero-enterratorios", con su característico conjunto de inhumaciones

secundarias, residuos de cocina, instrumentos líticos, fragmentos de cerámicas, etc.

Además, dentro del ámbito de estas playas bajas y anegadizas, los fogones fueron excavados siempre junto a depósitos de limos plásticos o en su perifería: aislados o reunidos en grupos, a menudo distribuidos con cierto orden alrededor del sedimento arcilloso; pero nunca en alineaciones orientadas de norte a sur o de este a oeste, como lo estarían los hogares de Greslebin en la provincia de San Luis (14, págs. 50, 59, 60, 62).

Los dos ejemplos, que reproduzco en dibujos esquemáticos, pueden dar una idea general de esta distribución. El primero (fig. 2 y 3) lo observé, unas cuatro leguas al NNO de la ciudad de Santa Fe, en el amplio displayado de la margen derecha del río Salado que, aguas abajo del puente Mihura (del viejo camino de Santa Fe a Esperanza), se extiende entre el curso del río y la carretera que, desprendiéndose del camino a Esperanza, con dirección al sur vuelve al pueblo de Santo Tomé, frente a Santa Fe. Trozos de tierra cocida esparcidos abundantemente por la superficie del displayado (barrido por las aguas durante las crecidas del río) denunciaban la existencia probable de muchos fogones; pero, sólo los que trazo en el dibujo se hallaban bien conservados, con paredes netas, bien cocidas por un espesor de 3 a 6 cm., contrastando su aspecto ladrilloso con el color gris verdusco del terreno en que fueron excavados. Estaban separados en dos grupos, de tres y cinco fogones respectivamente, próximos entre sí y en cada uno de los cuales los diversos fogones llegaban a mútuo contacto, con paredes parcialmente comunes (fig. 4). En el trecho de contacto los bordes cocidos de los fogones contiguos al reunirse en una sola pared, alcanzaban su máximo espesor de 10 cm. aproximadamente. Como de costumbre, su boca era amplia, de contorno groseramente circular o levemente elíptico, con diámetros máximos variables entre 36 y 49. Su posición coincidía más o menos con el punto medio del displayado (playa de creciente entre la orilla del lecho menor y la del lecho mayor del río) que, a esa altura, mide alrededor de 300 m. de ancho. Salvo uno que otro fragmento de alfarerías, carecían en su derredor de otros vestigios de actividad indígena. Se ob-

servaban, en cambio, vestigios de antiguos "paradero-enterratorios" a lo largo de los albardones próximos, aguas abajo y aguas arriba del puente carretero, fuera del alcance de las inundaciones periódicas.

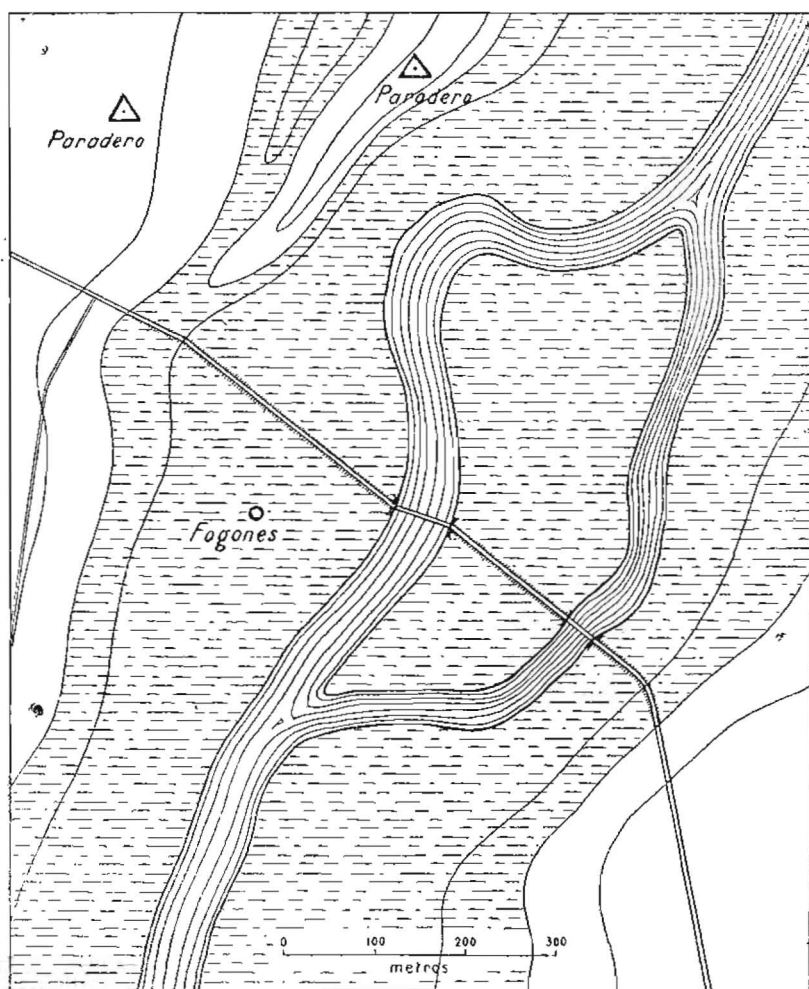


Fig. 3 — Situación de los fogones y paraderos indígenas a la altura del Puente Mihura (Santa Fe). Croquis topográfico; equidistancias de 50 cm.; la zona rayada corresponde al lecho mayor del río Salado.

El segundo ejemplo (fig. 5) corresponde al desplazo de un ancho cañadón afluente de derecha del río Salado en la estancia "El Carmen" (de Doña Mercedes Iturraspe de

Sandaza), en proximidad del empalme San Carlos, F. C. S. F., más o menos una legua al sur de la localidad del caso anterior. En este punto, la convexidad de un meandro del río Salado, en su desplazamiento lateral, ha afectado el borde derecho del lecho mayor, cortándolo en forma de barranca vertical, cuyo escarpe, durante los estiajes, se levantan hasta 3,50 metros sobre el nivel de las aguas del río. En el mismo borde de los trechos más altos de estas barrancas, numerosas inundaciones secundarias y abundantes restos de comidas y de industrias indígenas acusaban la existencia de antiguas mora-

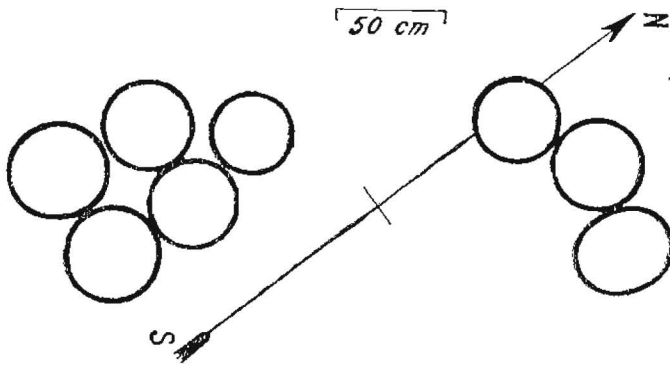


Fig. 4 — Distribución de los fogones en el lecho mayor del río Salado a la altura del Puente Mhura

das. Los fogones se hallaron, en cambio, en este caso como siempre, mucho más lejos, a unos 300 m. al norte del “paradero-enterratorio”, y a unos 60 m. de la orilla del lecho mayor del río, al borde de la desembocadura chata y de fondo arcilloso del cañadón ya mencionado, dentro del dominio de las aguas de creciente fluvial. En el croquis (fig. 6) indico la distribución de los fogones observados en esta localidad y su posición relativa. Diferentemente de lo que hemos visto ocurrir en el caso anterior, aquí los fogones se hallaban bien separados entre sí, aun cuando en parte mostraran una evidente tendencia a reunirse en grupos de dos y tres. Como siempre, eran hoyos más o menos circulares, con bocas de 45 a 57 cm. de diámetro, paredes bien cocidas en espesores variables de 3 a 5 cm. y con superficie interna surcada por impresiones bien visibles de hojas de grandes monocotiledonios, al parecer de Cor-

tadera. En su alrededor se desparramaban fragmentos de alfarerías en gran cantidad.

En ambos casos, de la misma manera que en los demás yacimientos de las márgenes del Salado (7, pág. 96) y Mar Chiquita (11, pág. 128, fig. 1), los fogones habían sido excavados en los limos arcillosos del Lujanense, que forman allí la base de las barrancas fluviales, el piso de los cañadones más hondos, las playas y el fondo mismo de cauces y cuencas en estiaje. Con la misma uniformidad, los pocos fogones, no descubiertos por el lavado meteórico y la erosión, se hallaban rellenos y tapados por una capa detritica de materiales más o menos areno-arcillosos y más o menos húmiferos (suelo aluvial, hidropédico) de formación actual.

Conviene insistir sobre la situación de los fogones dentro de la serie vertical de los terrenos que los encierran (esto es, sobre su posición estratigráfica), para evitar falsas interpretaciones acerca de la edad de los mismos y fantásticas suposiciones acerca de su remota antigüedad geológica.

Para ello es menester observar como debe llenarse el hiatus estratigráfico que existe entre la superficie del Lujanense, que evidentemente ya formaba (como en la actualidad) un displayado a orillas del río cuando en ella los indígenas pudieron excavar sus fogones, y los sedimentos superficiales que hoy eventualmente recubren los mismos fogones. La tarea resultará fácil observando mis perfiles de la isla Chica de Mar Chiquita (11), de las orillas del río Malabrigo (10) y especialmente de las márgenes del río Salado (7) en los cuales rectificué mis anteriores interpretaciones (3) seguramente erróneas. Como complemento agregó el perfil esquemático

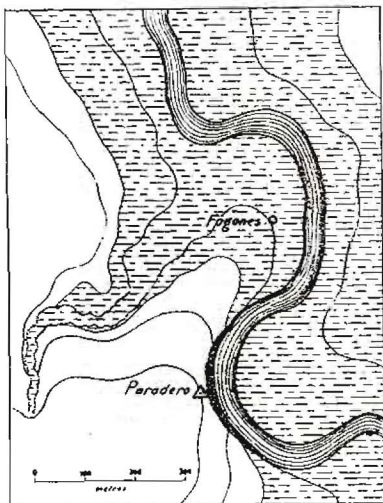


Fig. 5 — Situación de los fogones y los paraderos indígenas de la margen derecha del río Salado a la altura de la estancia "El Carmen" (Santa Fe). Croquis esquemático; equidistancias 50 centímetros. La zona rayada corresponde al techo mayor del río.

de las barrancas del Salado y del cañadón adyacente (fig. 7) en la estancia "El Carmen".

Como en todos los casos análogos, también en el perfil de estas barrancas, de abajo arriba, se observa la parte superior del Lujanense (a), formada por limos arcillosos gris-

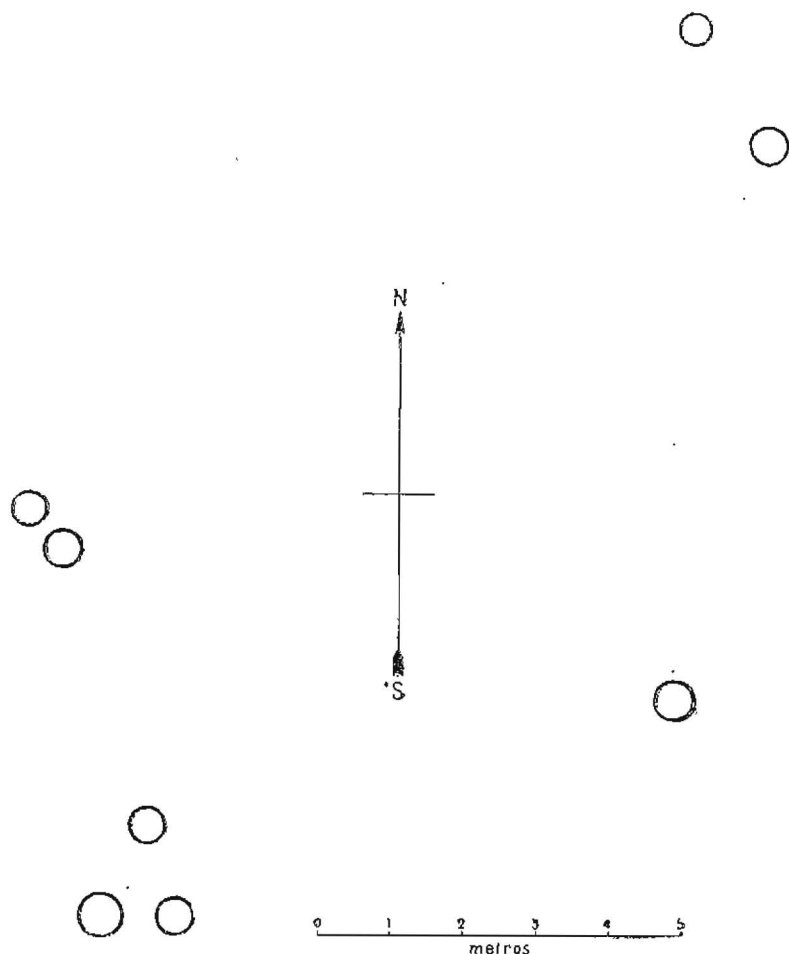


Fig. 6 — Distribución de los fogones de la estancia "El Carmen" (Santa Fe)

verduscos, en parte pardos o pardo-rojizos, recubierta por limos del Platense (b), de color gris claro con matices verdosos o amarillentos, a su vez rematados por el humus (c), más o menos arenosos, de color pardo muy obscuro, encerrando los

restos arqueológicos de los "paraderos" y, por lo tanto, con los caracteres del Aimarense de Doering. En el fondo de la depresión, en cambio, el Lujanense ha sido desgastado, el Platense ha desaparecido y el Aimarense ha sido substituído por los limos pardo-grisáceos oscuros (d) del suelo hidro-

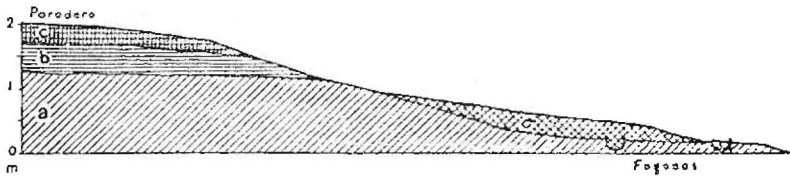


Fig. 7 — Perfil esquemático de la margen derecha del río Salado a la altura de la estanca "El Carmen" (Santa Fe): a, Lujanense; b, Platense; c, Aimarense; d, limos recientes; o, nivel del río en aguas bajas.

pédico ya mencionado. Por la situación de la superficie de erosión que ha modelado la elevación, hoy cortada en acantilado por el desplazamiento lateral del meandro fluvial, y la depresión del cañadón, en cuyo fondo fueron excavados los hoyos de los fogones, resultaría evidente que el desmonte y la maduración de esta superficie erosiva se verificaron después de la sedimentación del Platense y fueron estimulados por ese movimiento mó dico de elevación general, de fecha geológica sumamente reciente, que ya tuvo la oportunidad (en varias ocasiones) de sincronizar con el "levantamiento preflandriense" de las costas atlánticas europeas. Y resultaría evidente también que el humus del Aimarense, que reviste esta superficie, es de acumulación posterior a la maduración de la superficie misma, y, por lo tanto, de una edad a lo sumo comparable con la de la fase terminal del Flandriense medio, contemporánea con el retroceso epiglaciario del Dauniense alpino (5, página 141) y del cuarto retroceso (scandiglaciario o finiglaciario) del norte de Europa, y, en la Argentina, correspondiente a la fase final de la sedimentación del Epipampiano, epipluvial (8, pág. 119).

La edad geológica de los indígenas que dejaron sus huellas en el material arqueológico de los "paraderos" y en los fogones respectivos, indudablemente está vinculada a la edad del Aimarense: por cierto, esta capa de humus, generalmente de origen coluvial, por lo menos en gran parte estaba forma-

da ya cuando en ella los indígenas pudieron enterrar sus muertos. Su edad es, por ende, completamente reciente y posterior no sólo a toda manifestación glaciaria, sino también a toda fluctuación climática epiglaciaria (en el sentido más amplio de este término), hasta confundirse acaso con los primeros tiempos de la Conquista (1).

A juzgar por lo publicado por diferentes autores, las cosas no parecen pasar muy diversamente en las regiones del oeste y noroeste de la provincia de San Luis. Si bien aquí los "hogares" no se hallan siempre en las depresiones del terreno, sino a menudo en parajes relativamente elevados y revestidos por loes eólico, el perfil que nos proporciona Guiñazú (14, pág. 105; y 15, pág. 12, figs.) muestra claramente que las "botijas" están construídas en el espesor del Aimarense y están recubiertas por un suelo de formación actual. Por lo tanto, también aquí tales construcciones humanas son posteriores a la sedimentación del Aimarense en cuyo espesor fueron excavadas y cocidas. Son, entonces, también éstas como aquellas, posteriores a todos los tiempos epipluviales y desvinculadas de toda vicisitud climática referente a este período.

Pero, apartándonos de los "hogares" puntanos, cuyo destino permanece aún indescifrable, con las reservas ya formuladas, me concretaré a repetir que los "fogones" de las márgenes del río Salado, en la provincia de Santa Fe, pueden haber servido a la cocción de las alfarerías indígenas, que en mayor o menor cantidad hallamos, en fragmentos, esparcidos en sus alrededores. La suposición no es susceptible aún de ser demostrada con hechos concretos, pero no carece de lógica. No insistiré en las razones de mi suposición (2); me limitaré, en cambio, a considerar brevemente los argumentos que, a mi juicio, señalan que los fogones del Salado no debieron servir a usos culinarios. Ellos son los siguientes.

(1) En paraderos análogos en regiones próximas, por ejemplo en los ya bien conocidos del arroyo de Leyes (8, pág. 59), es frecuente el hallazgo de restos óseos de caballos y vacunos importados.

(2) No insistiré tampoco, en los "pequeños fragmentos ladrillosos encontrados en la superficie externa de los tiestos" (8, pág. 283), en los cuales quise ver una posible confirmación de mi hipótesis. Pero, al respecto me interesa recalcar que de ninguna manera pude confundir estos

1º — Los fogones se hallan siempre en bajos y playas de fondo arcilloso, a menudo pantanoso durante las lluvias y cubierto por las aguas de crecidas de lagos, pantanos y ríos; por lo tanto en una situación tal que su uso no podía satisfacer sino a exigencias temporarias y nunca a necesidades de la vida diaria, en todas las épocas del año.

2º — Los fogones se hallan siempre lejos de los “paradero-enterratorios” respectivos; esto es, lejos de los sitios donde se desarrollaban las actividades de la vida ordinaria y donde hoy hallamos los restos de cocina.

3º — En los fogones nunca se hallan restos de cocina, como los que suelen hallarse en muchos de los “hornos de tierra” en la provincia de Buenos Aires y de los “hornos de tierra con piedras” de las zonas serranas, inclusive en los alrededores de Córdoba, donde pude observarlos con frecuencia.

4º — Salvo casos excepcionales, en condiciones de terreno sumamente favorables, las paredes de los “hornos de tierra”, con o sin piso de piedras, no presentan vestigios de cocción, menos aún un grado de cocción tan notable como en los fogones del Salado; en realidad, en muchos años de observaciones, podría citar una sola excepción que, por su raro interés, consideré útil consignar (4, nota, pág. 448): consistía en un fogón reciente, excavado en la superficie del Ense-

trocitos adheridos a la superficie externa, ya labrada, de las alfarerías con los trocitos de tiestos molidos situados, como antiplástico, en el espesor de la masa de las mismas alfarerías. También he de insistir sobre mi propuesta (6, nota pág. 61) de generalizar para este antiplástico el término de *tacupé*, usado para este fin, según Nordenskiöld (1913), por los indígenas de Bolivia. Pero, como seguramente ha de ser conocido, su uso no es exclusivo en América. Yo pude observar el mismo detalle técnico en trozos de alfarerías coleccionadas personalmente en el oasis egipcio de Mit Rahiné, entre las ruinas de la antigua Menfis, y en las excavaciones del palacio de Knossos, en la isla de Creta. En esta última localidad, el *tacupé* se hallaba en trozos de la más antigua alfarería (preminoica), labrada sin torno. Es curioso el hecho de que, junto con los mismos fragmentos, hallé trozos informes de tierra cocida (hoy conservados en las colecciones del Museo de La Plata) semejantes a los que con frecuencia, en la Argentina, se encuentran, en los paraderos indígenas de las márgenes del río Paraná, del río Salado en Santiago del Estero (6, pág. 63, nota 1) y de otras regiones donde se desconocen los “fogones” de que nos ocupamos.

nadense de la parte más alta de la barranca de la Explanada, en Mar del Plata, cuyas paredes (puestas al descubierto por derrumbe), se hallaban bien cocidas, hasta asumir un aspecto ladrilloso, y cuyo interior contenía aún carbones vegetales, cenizas y restos óseos de un pequeño mamífero (Peludo).

5º — En todo el ámbito correspondiente a las parcialidades chaqueñas, así como en Misiones, Jujuy, Salta, La Pampa y demás regiones donde, según la prolija y erudita reseña de Vignati, estuvo o está en uso el "horno de tierra", con piedras o sin piedras, se desconocen completamente formaciones análogas a los fogones de las márgenes del río Salado en Santa Fe; así como también se desconocen en el Chaco, en la provincia de Córdoba y demás regiones donde, según el mismo autor, "desde los tiempos históricos hasta hoy, es constante la práctica de cocer las alfarerías al aire libre" (20, pág. 249).

OBRAS CITADAS

1. — Aparicio, F. de, *Una extraña construcción subterránea de tierra cocida*, en *Physis*, X, 290-293, Buenos Aires, 1930.
2. — Aparicio, F. de, *Acerca de un silo subterráneo de tierra cocida*, en *Solar*, 195-200, Buenos Aires, 1931.
3. — Frenguelli, J., *Excursión en los alrededores de Esperanza (prov. de Santa Fe)*, en *Boletín Acad. Nac. Ciencias*, XXIV, 257-292, Córdoba, 1920.
4. — Frenguelli, J., *Los terrenos de la costa atlántica en los alrededores de Miramar (prov. de Buenos Aires) y sus correlaciones*, en *Boletín Acad. Nac. Ciencias*, XXIV, 325-485, Córdoba, 1921.
5. — Frenguelli, J., *Observaciones geológicas en la región costanera sur de la provincia de Buenos Aires*, en *Anal. Fac. Cienc. Educ.*, II, 1-145, Paraná, 1928.
6. — Frenguelli, J., *Hallazgos arqueológicos en la laguna de Guadalupe (Santa Fe)*, en *Public. Museo Antropol. y Etnogr. Fac. Filos. y Letras*, Serie A, II, 57-67, Buenos Aires, 1932.
7. — Frenguelli, J., *Perfiles geológicos de las márgenes del río Salado (Santa Fe)*, en *Public. Museo Antrop. y Etnogr. Fac. Filos. y Letras*, Ser. A, II, 83-97, Buenos Aires, 1932.
8. — Frenguelli, J., *La serie geológica de la República Argentina en sus relaciones con la antigüedad del Hombre*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 97-120, Buenos Aires, 1936.
9. — Frenguelli, J., *Falsificaciones de alfarerías indígenas en arro-*

yo de Leyes (Santa Fe), en *Notas Museo La Plata*, II, 53-80, Buenos Aires, 1937.

10. — Frenguelli, J. y F. de Aparicio, *Los paraderos de la margen derecho del río Malabrigo (Dep. de Reconquista, prov. de Santa Fe)*, en *Anales Fac. de Cienc. Educ.*, I, 113-175, Paraná, 1923.

11. — Frenguelli, J. y F. de Aparicio, *Excursión a la laguna de Mar Chiquita (prov. de Córdoba)*, en *Public. Museo Antropol. y Etnogr. Fac. Filos. y Letras*, Ser. A, II, 121-147, Buenos Aires, 1932.

12. — Gez, J. W., *Historia de la provincia de San Luis*, I, Buenos Aires, 1916.

13. — Greslebin, H., *Exploraciones geológicas en San Luis*, en *La Nación*, Buenos Aires, Domingo 6 de Febrero de 1927.

14. — Greslebin, H., *Las llamadas "botijas" o "tinajas" de la provincia de San Luis (Rep. Argentina)*, en *Physis*, IX, 46-71, Buenos Aires, 1928.

15. — Guiñazú, J. R., *Antiguos hogares de la provincia de San Luis conocidos con el nombre de "botijas" o "tinajas"*, en *Revista Geográf. Americana*, V-29, 89-107, Buenos Aires, 1936.

16. — Guiñazú, J. R., *Nuevos datos sobre los antiguos hogares o fogones del NO de San Luis*, en *Rev. Geográf. Americana*, VI-39, 407-419, Buenos Aires, 1936.

17. — Llerena, J., *Una excursión en el pasado geológico y arqueológico de San Luis*, en *Nueva Revista de Buenos Aires*, I, 240-247, Buenos Aires, 1881.

18. — Outes, F. F., *Algunos datos sobre la arqueología de la provincia de San Luis*, en *Physis*, VIII, 275-304, Buenos Aires, 1926.

19. — Reyes, R., *Bóvedas funerarias de tierra cocida diaguitas?*, en *Revista de Derecho, Hist. y Letras*, LXIV, 34-46, Buenos Aires, 1920.

20. — Vignati, M. A., *El "horno de tierra" y el significado de las "tinajas" de las provincias del occidente argentino*, en *Physis*, IX, 241-253, Buenos Aires, 1928.

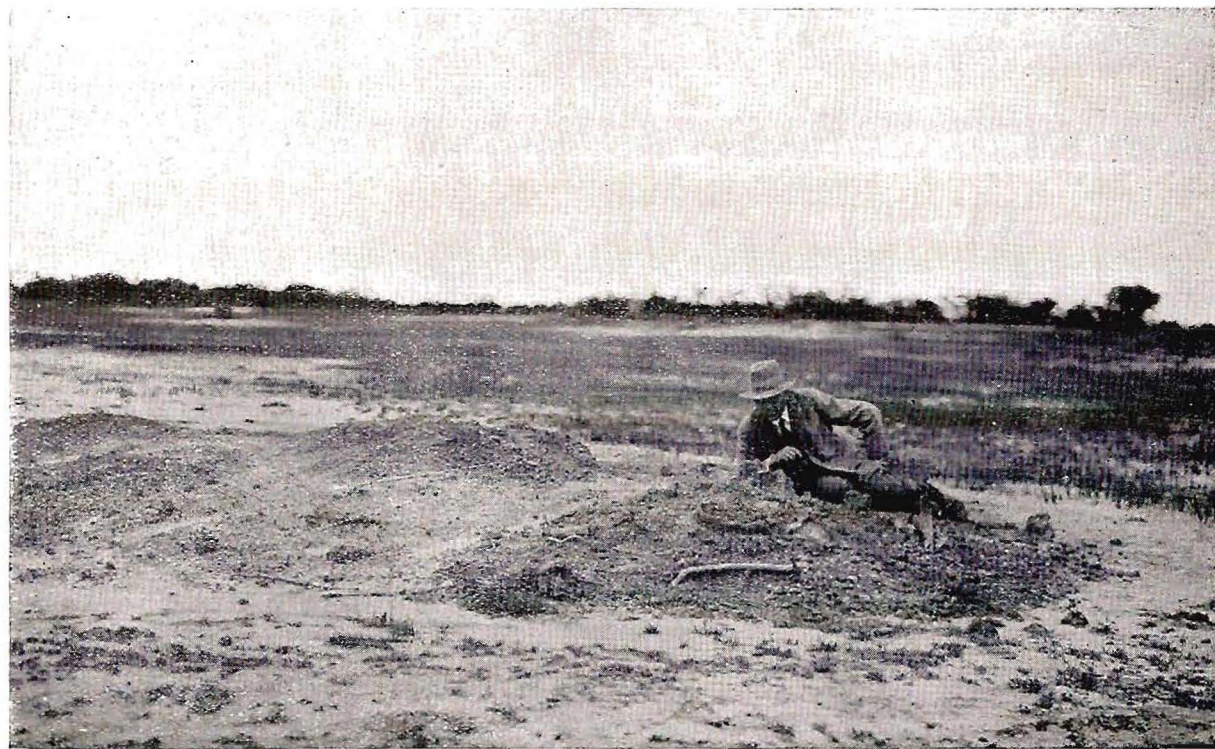


Fig. 2. — Fogones del Salado, cerca del puente Mihura